

En 2011 publiqué en Lisboa un libro en el que intenté presentar en él la documentación que guardan los archivos españoles, especialmente el Archivo de Indias, sobre los chinos que fueron a mercadear a las islas Filipinas o se quedaron a vivir en ellas por algún tiempo o para siempre, chinos que allí se llamaron sangleyes. En esta conferencia intentaré hacer un resumen de su contenido.

Las relaciones empezaron muy pronto, a raíz del asentamiento de Legazpi en Manila. A pesar de algunas dudas iniciales, las autoridades chinas nunca quisieron conceder a los españoles una factoría en su propia tierra, como habían hecho con los portugueses en Macao. De esta manera, a partir de 1572 quedó establecido un tráfico comercial continuo entre el continente y el archipiélago filipino, pero siempre protagonizado por los chinos. Las naves, que procedían de la costa del Fukián -sobre todo de Chincheo y de Amoy-, aunque tampoco faltaban algunas de Cantón, tardaban en hacer la travesía de quince a veinte días.

A la arribada de las naves, se hacía el oportuno registro de su carga, se evaluaba el importe de las mercancías y se cobraban los derechos aduaneros, que eran de dos tipos: unos pertenecían a la Corona, como el almojarifazgo (la aduana, consistente primero en el 3 % y, a partir de 1610, en el 6 % del valor total de la carga del barco) y otros a la ciudad de Manila (el impuesto del peso merchante y la correduría de lonja).

En buena parte, la carga de las naves chinas consistía en sedas -la seda de Chincheo se reputaba por mejor que la de Cantón, ya que venía de Lanquien [Nanquín], “que tiene fama en toda aquella tierra de que se coge en ella mucha seda y muy buena y se labra allí mejor que en otra parte” -, rasos, damascos blancos y de colores, brocateles y telas de diversas suertes. Tampoco faltaban otros géneros: cerámica de varias clases, cajas de madera, escritorios y, en los primeros tiempos, un sinfín de alimentos: “Harina, azúcar, bizcocho, manteca, naranjas, nueces, castañas, piñones, higos, ciruelas, granadas, peras y otras frutas, tocinos, jamones y esto en tanta abundancia, que todo el año hay sustento de ello para la ciudad y para fuera, de que se proveen las armadas y flotas, e traen muchos caballos y vacas de que se va abasteciendo la tierra”. En los primeros años los juncos solían suministrar a Manila pólvora, tan necesaria para el campo de los españoles; pero en tiempos del gobernador Gómez Pérez das Mariñas las autoridades chinas prohibieron su exportación a las Filipinas so pena de muerte, a fin de no proveer de armas a un posible enemigo.

A principios del siglo XVII se llevaban diferentes mercancías según la exportación se hiciera al comienzo o al final de la temporada. Los primeros champanes

sólo llevaban a Luzón "cosas de regalo", esos succulentos víveres que saqueó la armada de Francisco de Wittert: "Capones... y vino mandarín, que es bueno, y otros muchos regalos de jamones y fruta, aunque todo lo dejaban [los holandeses] por el vino". La ropa más preciosa llegaba más tarde, cuando se iba aproximando la arribada del galeón de Acapulco. En cambio, la administración española necesitó otros géneros, especialmente hierro, trigo y harina.

¿Qué recibían los mercaderes chinos a cambio de sus géneros? Según las fuentes, se llevaban de Manila "reales, oro, çera, algodón [que después, manufacturado en el continente, volvía a ser vendido en Filipinas] y palo para tinter [sibucão o palo de brasil] e caracoles menudos, que es moneda en su tierra y de mucho provecho". También era muy apreciado, en el comercio del Japón, el cuero de venado, un producto cuya exportación, a juicio de Morga, se debía prohibir a japoneses y chinos, ya que empobrecía la caza. Pero, sobre todo, los sangleyes se llevaron los codiciados reales de a ocho: toda la plata llegada de la Nueva España fue engullida por China. Los españoles se quejaron a menudo por la anomalía del comercio: trueque de bujerías chinas por buena plata y buen oro. La desigualdad del trato la resumió a la perfección el gobernador Sande en pocas palabras: "Lo que aquí traen son sedas de poco costo y la escoria de lo que allá tienen, y lo que llevan en cambio de esto es oro y plata". Pero las mercancías chinas fueron indispensables para la carga del galeón de Acapulco.

Sin duda existió contrabando. También se intentó engañar al comprador. La excepcional laboriosidad china inventó mil argucias para ganar dinero fraudulentamente. Hubo mercaderes que intentaron vender pernils y jamones de madera, hechos con tal destreza que daban el pego. Pero las multas, registradas en el apartado de "penas de cámara" en los libros de Contaduría, brillan por su insignificancia y, sobre todo, por su rareza. A su vez, no pocos españoles se enriquecieron haciendo uso indebido de su poder y autoridad, de modo que los sangleyes, agraviados, hicieron llegar un memorial de quejas a Felipe II en 1593 y volvieron a repetir sus protestas en 1594.

En tiempo de ferias Manila se transformaba. En pocos meses la ciudad se veía inundada por los chinos. La primera Audiencia se escandalizó en 1584 al comprobar la indefensión en que se hallaba Manila ante un posible ataque por parte de aquella marea humana: "Al tiempo que llegamos había más de treinta navíos de sangleyes, y en ellos más de tres mil y quinientos hombres que, para doscientos soldados o pocos más que había en esta ciudad para defensa de ella..., bastaban para matarlos a palos". En 1636 vivían en los arrabales de Manila más de 30.000 chinos. Es evidente que el comercio

alimentó inevitablemente una mafia de inmigración clandestina, sobre cuyas redes y manejos, como suele suceder, andamos muy a oscuras. Tampoco sabemos si en estos siglos existieron ya sociedades secretas, como las hubo después.

De los capitanes de los barcos chinos que aportaron a Luzón uno de los pocos que tiene personalidad propia es Guansan, el más rico mercader de cuantos llegaron a Cavite en 1599: su carga fue tasada en 137.761 pesos, 4 tomines, una cantidad importante. Tras la rebelión de 1603, fue él quien, junto con otros dos capitanes, Sinu y Guanchan, convenció a los demás capitanes chinos de la necesidad de volver a comerciar con las islas Filipinas. Fue él asimismo quien llevó a Manila en 1605 las cartas de protesta escritas por los mandatarios del continente chino y quien volvió al Fukián con la respuesta que les dio el gobernador Acuña. En 1609, Guansan abogó por la restauración de la Comunidad china en Manila: con éxito. Como se ve, fue todo un personaje.

El tráfico anual indica que el comercio, con el tiempo, fue basculando del Fukien a diversos puertos: Macao (durante el acoso holandés), Taiwán, Cantón, etc.

No todos los chinos iban y venían. Algunos se quedaron a vivir en Manila y sus alrededores. Los chinos residentes hicieron sus primeros poblamientos en Baybay y Binondo y después, sobre todo, en el parían, la primera China town europea, que se quemó –o fue destruida- en varias ocasiones. También tuvieron un hospital propio, regentado por los dominicos (el hospital de San Gabriel), así como una iglesia (la de los Santos Reyes) y una cárcel en el parían. Para la administración del parían se crearon diversos cargos, que ocuparon tanto españoles como chinos. Los oficiales fueron, por parte española, el alcaide mayor, el guarda mayor, el alguacil, el escribano y el protector de los sangleyes; por parte china, el gobernador de los sangleyes, el alguacil y el escribano, amén de intérpretes y policías.

Como se ve, pronto los españoles decidieron no meterse en los asuntos de la comunidad y dejarla vivir a su aire gozando de total autonomía, bajo la vigilancia, eso sí, de una cúpula administrativa española asistida eficazmente por algunos notables chinos. Ahora bien, esta nunca reconocida dejación de autoridad supuso en sí misma un reconocimiento de impotencia: la clase dominante se vio dominada a su vez por los chinos, imprescindibles en todos los órdenes de la vida. Por más que hiciera y por más que protestase, dictase órdenes o se encolerizara, el español no pudo vivir sin el sangley, necesario en todos los órdenes de la vida. Esa condición, grata al principio, llegó a convertirse en odiosa.

Los residentes estuvieron sometidos a varias imposiciones fiscales: el tributo, las licencias, la Caja de la Comunidad (12 reales al año), los baratos del juego y la media annata. Los sangleyes principales se encargaban de realizar el cobro, convirtiéndose en alcabaleros de sus propios compatriotas.

¿Cómo era la comunidad china? Las escasas noticias que tenemos acerca de ella se refieren sobre todo a los grandes comerciantes. Los mercaderes del parián, "donde hay grandísimas riquezas, muchísimas curiosidades y todo cuanto es necesario para comer, vestir y demás usos de la vida humana", se agrupaban en gremios que se asentaban en una zona determinada del mercado. Al frente de cada uno de ellos se encontraba un "cabeza", un jefe chino nombrado probablemente por el alcaide español o sus oficiales, que cambiaba verosímilmente todos los años. Tocaba a los cabezas recaudar la capitación que debían pagar los miembros de cada gremio. De estos jefes gremiales salían a su vez los "cabezas del parián", que tampoco parece que fuesen elegidos y que gozaban de gran influencia por su dinero y prestigio, constituyendo un verdadero y poderoso sanedrín, temido y odiado al tiempo; estos "cabezas" eran casi siempre cristianos, de buena fe o por conveniencia. El común de los chinos no tuvo mucho aprecio a sus "cabezas", que en cierto modo recuerdan a los mercaderes Hong del Cantón decimonónico: normalmente, fueron considerados ladrones y corruptos. En la reforma de los estatutos de la Caja de la Comunidad que Diego Fajardo realizó en 1644 hay una cláusula muy significativa: se especifica, sin duda a instancias de los chinos, que las "pagas se han de hacer con decretos del gobierno y a los sangleyes en mano propia, y no a sus cabezas, por la experiencia que hay de que ellos les quitan alguna parte [del dinero entregado]".

Un mercader y alcabalero importante a comienzos del siglo XVII fue el chino Juan Bautista de Vera. Antonio de Morga nos lo presentó como hombre "rico y muy favorecido de los españoles, temido y respetado de los sangleyes, que muchas veces había sido gobernador suyo, y tenía muchos ahijados y dependientes, que este era muy españolado y brioso". Se hizo con la recaudación de los tributos de los sangleyes en 1594, 1600 y 1603 y pujó por ellos en 1599. Fue de los pocos chinos a los que se concedió el privilegio de poder enviar mercancía en el galeón de Manila, como consta que hizo en 1594. En 1600 se permitió el lujo de prestar 500 pesos a la real Caja de Manila, falta de numerario. En 1603, sin embargo, este mismo Vera encabezó la tremenda rebelión contra los españoles. Su fortuna, confiscada, se tasó en unos 15.000 pesos; entre sus propiedades había cinco esclavos.

Veamos ahora a un chino que vivió en Manila en a finales del siglo XVII. Don Juan Felipe Tiamnio -el chino, cuando adquiría un barniz de cultura española, por tenue que fuera, no podía prescindir del don- nació en Anhay hacia 1639. Una vez instalado en Manila, se hizo corredor, se avecindó en Binondo y amasó una buena fortuna. Fue así como se convirtió en "confidente y familiar" de la casa del gobernador Juan de Vargas, quien lo nombró "cavesilla e intérprete de los champanes de China". Se rumoreó que "por su mano corrían algunas compras de géneros de mercaderías" chinas para el gobernador y sus parientes, adquiridas, como puede presumirse, a menor precio de lo que valían; y se dijo, además, que había impuesto derramas injustificadas a sus compatriotas. Pero nada se pudo probar.

Fue moneda corriente que los mercaderes chinos formasen compañías comerciales con los españoles, dado que los primeros suministraban los géneros que los segundos enviaban a Acapulco; varios deudores chinos figuran en el cuaderno en que el secretario Gaspar Álvarez, muerto en 1620, iba anotando las sumas que se le debían.

En su mayor parte, los sangleyes fueron artesanos. Su indiscutible laboriosidad china rindió óptimos frutos. La capital era en 1576 una ciudad pobre, construida en madera y necesitada de casi todo. Así lo reconoció Francisco de Sande: "Se padece gran falta de todos los oficios, en espeçial de sastres e zapateros, albañiles y carpinteros". Pues bien, muy pronto todos los menesteres fueron ocupados por los sangleyes. La mejor y más rendida alabanza de su industria se encuentra en una carta del obispo Salazar, aunque en ella también se refleja la triste secuela de tanta diligencia: la ruina de la competencia española e indígena: "Los oficios mecánicos de los españoles han cesado todos, porque todos se visten y calzan con sangleyes, por ser muy buenos oficiales al uso de España y hacerlo todo muy barato". Como escribió después el padre Chirino, "ellos son los sastres, los zapateros, los herreros, plateros, escultores, cerrajeros, pintores, albañiles, tejedores y, finalmente, todo el servicio de la república, tan de balde, que un par de zapatos no vale más que dos reales, haciéndose en tanta abundancia que no ha faltado quien ha cargado de ellos para la Nueva España". La construcción y el abasto de Manila estuvo en manos de los sangleyes, y chinos participaron asimismo en la introducción de la imprenta. Según D. Aduarte, el primero que hizo en Manila una imprenta —es decir, una imprenta europea, con caracteres móviles— fue el chino Juan de Vera. Y, efectivamente, se conserva un libro estampado por Vera en 1604 (*Ordinationes generales prouinciae Sanctissimi Rosarii Philippinarum*, Binondoc, per Joannem de Vera China Christianum, 1604).

La mayoría de los pequeños artesanos vivió como pudo, hacinándose en el parían. Los humildes pescadores y *banqueros* dormían en sus barquichuelas. También hubo chinos esclavos. El tráfico clandestino de esclavos desde la India portuguesa y Macao a Filipinas alcanzó cierta importancia en los siglos XVI y XVII. El 9 de agosto de 1611, entre los bienes del calafate lisboeta Miguel Fernandes se sacó a subasta un esclavo llamado “Miguel, casta china, de edad de... veinte años”. Y no faltan más ejemplos.

La emigración china a Filipinas fue, como es lógico, esencialmente masculina. La triste soledad de los hombres favoreció su unión con mujeres de todas suertes, naturales de la tierra en su mayor parte, pero también pertenecientes a otras razas: incluso está documentado –caso raro- el matrimonio de un sangley con una japonesa. En Binondo había ya unos 500 mestizos en 1622, y su número aumentó en pocos años.

El influjo materno fue fundamental en la forja de esta nueva casta, que heredó del padre la inteligencia y la energía, y de la madre la devoción, la piedad y el acatamiento del orden establecido por los españoles. En 1667 fray Juan de Polanco hizo un encendido canto de sus virtudes: "Son aquellos mestizos, en lo natural, de buena y hermosa disposición y gran docilidad, el entendimiento presto y fácil para todas las artes, en que salen aventajados; escriben y cuentan con primor; en las ciencias de Artes y Teología ha habido algunos en nada inferiores a los buenos ingenios de Europa. En el culto y religión cristiana son puntuales y perseverantes, y la reverencian con católico tesón y mucha fidelidad a Dios". Los hijos de estos matrimonios mixtos se integraron mejor en la sociedad indígena que en la china y, con el tiempo, formaron una verdadera elite social, política y cultural, que escaló cargos municipales y hasta hizo carrera militar: 2 de ellos llegaron a maestre de campo general, 22 a maestre de campo, 48 a sargento mayor, 145 a capitán, 13 a ayudante, 42 a alférez y 4 a sargento. Cuando La Pérouse visitó Manila en marzo de 1787, servía en la guarnición de la capital un cuerpo de 1.200 hombres, todos ellos mestizos de sangley. No es, pues, un azar que el primer santo de Filipinas, Lorenzo Ruiz, canonizado en 1987, fuese uno de estos mestizos. También las mujeres mestizas heredaron el espíritu emprendedor de los padres y se dedicaron activamente al comercio en la segunda mitad del siglo XVII, abriendo diversas tiendas en los pueblos aledaños de Manila. Entre todas ellas, y por otros motivos, destaca Ignacia del Espíritu Santo, hija de José Incua y de María Jerónima, que con el correr del tiempo se convirtió en madre Ignacia, la fundadora del beaterio de la Compañía.

Los sangleyes cristianos, que se cortaban la coleta y se tocaban con un sombrero, formaron sus cofradías, a imitación de las españolas. Con ocasión de las fiestas solemnes y de las honras fúnebres las hermandades de todas las naciones desplegaban la mayor pompa posible, rivalizando en ostentación de riqueza y pruebas de devoción. A las exequias del arzobispo Miguel de Poblete, celebradas el domingo 10 de diciembre de 1677, asistieron "las cofradías acompañadas de sus insignias y con muchas luces, las naciones de los sangleyes y japoneses y los naturales, mestizos y morenos, todos muy en orden y concierto".

Pero el sangley, en apariencia tan frágil y débil, se resistió tercamente a ser absorbido por la civilización europea. Por primera vez a lo largo de sus vertiginosas conquistas, los españoles se encontraron con un grandísimo chasco: un pueblo de superior inteligencia les plantaba cara, sin dejarse avasallar por otros principios, otras costumbres, otra moral y otra religión. Los bautizados fueron siempre muy pocos. Tras más de un siglo de dominación española, en 1682, según el padre Victorio Ricci, había en las Filipinas "unos mil o más sangleyes cristianos con sus hijos mestizos". Más optimista es el cálculo de fray Cristóbal Pedroche, que estimó en 1.200 los bautizados que había en el arzobispado de Manila y 300 escasos en los demás obispados, aunque no pasaban de 300 los que habían recibido una catequesis adecuada de un sacerdote que supiera su lengua.

Así, la admiración inicial que sintieron por ellos los dominadores dejó paso paulatinamente al estupor dolorido y muy pronto al rencor y al resentimiento. Sorprendentemente, todos los españoles, seculares y religiosos, coincidieron en expresar un juicio adverso sobre los sangleyes. Admitieron, sí, sus excelentes cualidades intelectuales, pero pusieron de relieve varios defectos y vicios: codicia y doblez, cobardía y crueldad, proclividad a la sodomía, lujuria, inclinación al juego, propensión al suicidio, insensibilidad, superstición, afición al aguardiente. No cabe negar que existió, de hecho, una barrera cultural entre los españoles y los chinos. Así lo demostraron la insistencia mostrada en que se cortasen la coleta, costumbre que se consideró un rito idólatra, y la prohibición de hacer las representaciones a que eran tan aficionados.

Por las páginas de las crónicas no aparece ningún sangley que haya tenido amistad verdadera con un español. Los "cabecillas" del parían no fueron amigos, sino compinches de las fechorías que cometían los gobernadores y sus deudos y criados. La misma conclusión se desprende de la lectura de las historias eclesiásticas. Un relato que

narre la propagación del cristianismo carece por completo de sentido si gira únicamente en torno de los padres misioneros. La señal más clara de que ha tenido fruto la predicación evangélica es que ocupen el primer plano los naturales del país y que sean éstos los que, una vez recibida en su pecho la semilla de la fe, lleven una vida santa y ejemplar para admiración de propios y extraños. La historia del Japón está llena de casos de este tipo, pues, en definitiva, el éxito de la misión radica en el fervor y devoción de los discípulos, los *doxicos*, no en el valor ni en la santidad de los maestros, por puros, cándidos y virtuosos que éstos sean. Las crónicas de Filipinas, en cambio, tienden un ominoso velo sobre la existencia de los catecúmenos chinos. No descuellan en sus páginas grandes personajes que atraigan nuestra atención.

En los anales de Filipinas no existió una figura de sangley comparable a la de don Justo Ucandono (Takayama Ukon), un daimyo obligado a abandonar Japón en 1614, a cuya muerte se conmovió Manila entera. Todos los españoles, desde el gobernador hasta el último soldado, se volcaron en recibir a los japoneses desterrados a causa de la persecución que la dinastía Tokugawa desató contra la fe cristiana. Jamás se registró un gesto parecido con los chinos. Cuando en las crónicas se habla de algún sangley prohiado por un español, es para execrar su maldad y el mal pago que dio a su bienhechor. Un agustino, fray Casimiro Díaz, trazó una comparación entre uno y otro pueblo: si los japoneses se caracterizan por ser valerosos, verídicos y observantes de su religión, los chinos representan todo lo contrario, siendo cobardes, mentirosos y flojos en su fe; “de lo cual se sigue ser los japoneses difíciles de convertir a la religión verdadera, pero constantes hasta dar la vida por su confesión, pero los chinos fáciles en recibir el bautismo, las más veces movidos de temporales intereses, y muy remisos en su observancia”.

Curiosamente, la situación varía de forma radical en cuanto comienza la historia de la evangelización en la Gran China: el panorama se puebla de figuras ejemplares, a las que los relatos de los frailes revisten de un halo irreal propio de las leyendas hagiográficas. Sólo en el primer libro del dominico Baltasar de Santa Cruz bullen hombres y mujeres de suma importancia, a los que en vano buscaríamos parangón en los anales de la historia filipina. Este fuerte contraste indica la diferencia que medió entre una misión y otra. El chino, que ocupó siempre un segundo plano en los dominios españoles, pasó a tener una relevancia de primer orden cuando la acción misional se desarrolló en su propia patria.

Acertaron Alfonso Félix y Lourdes Díaz-Trechuelo al comparar la suerte de los sangleyes durante la dominación española en Filipinas con la de los judíos en la Sefarad medieval. Hubo, con todo, una diferencia fundamental: el odio de los cristianos a la Sinagoga se alimentó siempre de un fortísimo componente religioso, un componente que no existió, sin embargo, en el caso de los chinos. Hecha esta salvedad, se aplicaron a los sangleyes todos los estereotipos que antes se atribuyeron a los judíos: inteligencia y aptitud para el comercio, cobardía, crueldad, sexualidad desbordante e inclinación al suicidio. Uno y otro pueblo sobresalieron por su fascinante capacidad de adaptación, puesta a prueba a lo largo de los siglos. En otro punto más, en el rechazo de la misión evangélica, la figura del chino, tan recalcitrante a dejarse asimilar por otra cultura, fue asimilada a la del hebreo, el hombre duro de cerviz y negador de Cristo.

La reclusión en *ghettos* –pues un *ghetto* fue en definitiva el parían- acabó de completar el paralelismo. Su sino fue el mismo: *pogroms* y expulsiones. De ahí que la descripción de los chinos que se lee en las relaciones de Filipinas suene un tanto a tónica: se trata sólo de lugares comunes, de frases trilladas. Es evidente que los españoles tuvieron alguna base real para hacer una generalización extremosa. Baste recordar que Bertrand Russell, un hombre nada sospechoso de mojigatería o parcialidad, encontró tres grandes defectos en el carácter chino: la avaricia, la crueldad y la insensibilidad ante el dolor ajeno. Los mismos defectos fueron advertidos en los siglos XVI y XVII. Mas este asidero sirvió a los conquistadores para aplicar a todo un pueblo una etiqueta clasificatoria fabricada de antemano.

A mi juicio, el mal que vició las relaciones entre los dos pueblos fue la corrupción: es decir, la avaricia y venalidad de unos y otros. Para entenderlo en su verdadera dimensión, conviene reconocer, como primera providencia, que Filipinas fue el campo abonado para que prendiera en su seno ese virus destructor del tejido social y del bien común. Los gobernadores, en efecto, llegaban a Manila –el último confín de su mundo- acompañados de un imponente séquito de parientes y servidores a los que había que colocar conforme a su propio rango. Su sueldo no era muy grande. La Hacienda regia tampoco tenía dinero en sus arcas para satisfacer a tan gran número de pedigüenos, por justas que fueran sus demandas. En penuria tan extrema sólo había un medio de evitar la ruina: hacer tratos, aunque rozaran la ilegalidad, con la única fuente verdadera de riqueza existente en Manila: la comunidad china.

Por su parte, los sangleyes, muy conscientes del poder del dinero, supieron jugar con destreza sus bazas: de esta suerte lograron tener un alcaide propio, aunque esa

concesión fuese en menoscabo de los derechos de Manila. Las debilidades y flaquezas de la condición humana no tenían secretos para estos habilísimos mercaderes. "Saben con presentes y dádivas granjear los corazones de los españoles, de modo que ninguna cosa se pone en ejecución más de por dos o tres días", advirtió fray Juan de San Pedro Mártir. Sus sobornos los ponían a cubierto de cualquier incidencia, o así al menos lo creían: "Ellos tienen tantos modos de obligar con el servicio y regalo a los particulares, religiosos y seculares que, cuando se les manda alguna cosa que no les viene a gusto, aunque sea del servicio de Vuestra Majestad o muy necesaria para el bien común, procuran estorbar la ejecución por mil modos de favores y negociaciones". Así escribió el gobernador Niño de Távora el 4 de agosto de 1628. Otro tanto ocurría fuera de Manila, como observó fray Plácido de Angulo: "Llegando el sangley a la provincia, hace un regalo de gallinas y frutillas de la China al alcalde mayor, visítale a menudo, prométele algún dinero, si le ayuda para quedarse a vivir en aquella provincia", de suerte que, al final, enriquecidos de la nada, "siendo los sangleyes extranjeros, obran y lo pueden todo como si fueran naturales; y los españoles mismos, naturales, ni saben ni pueden hacer nada, como si fueran extranjeros".

Las más de las veces la tentación corruptora provenía de los propios chinos, ya que, como observaron los oidores Jerónimo Legazpi y Álvaro Mesa, "son gente que se acomoda a dar grandes cohechos por que les consientan sus bellaquerías". El dinero, manejado con habilidad, allanó la obtención de cosas en principio prohibidas como jugar o representar comedias. De esta suerte la corrupción se extendió a todos los niveles de la sociedad. No sorprende que los oficiales españoles y los sangleyes acaudalados llegasen a un entendimiento basado en el provecho mutuo, muchas veces a costa de las capas más desfavorecidas de la población china, oprimida y estrujada por sus compatriotas, y en ocasiones incluso contrariando los propios intereses de la ciudad de Manila.

Así fue como los dirigentes españoles se enriquecieron a costa de los sangleyes, aunque también la cúpula china hizo grandes negocios a costa de los españoles. En definitiva, culpa tuvieron los chinos que sobornaron a los españoles, y culpa tuvieron también los españoles que se dejaron sobornar. Unos y otros demostraron tener la misma falta de principios morales y la misma codicia por el dinero. Desgraciadamente, las consecuencias de la corrupción afectaron a todos. A los chinos les creó una falsa conciencia de seguridad y hasta de impunidad, convencidos de que todo lo podrían

arreglar con dinero. A los españoles les impidió hacer recto uso de la justicia. Y ello tuvo muy tristes secuelas para el resto de la población, fuera china o española.

Así fue como estallaron los conflictos armados. En efecto, la historia de los chinos en Filipinas durante el período colonial, tras un largo período de paz y tranquilidad, estuvo jalonada de sangrientas rebeliones (1603, 1639, 1662, 1686) y hasta de expulsiones generales (1686, 1744, 1775). Nada hubo en principio que hiciera sospechar que pudiesen ocurrir esos arrebatos periódicos de furia incontrolada por ambas partes. Hemos visto una y otra vez cómo los funcionarios españoles hicieron muy buenas migas con los chinos acaudalados. Y viceversa. Pero se dio el caso de que en ambas comunidades, aparte de ese estamento privilegiado y unido por el interés, existió una inmensa mayoría de gente pobre y miserable: soldados hambrientos y mal pagados, aventureros, pícaros y malandrines deportados de la Nueva España por parte española; pescadores, regatones, cargadores, vagabundos y fugitivos –consecuencia de una inmigración descontrolada- por parte china, la escoria de la sociedad en uno y otro caso.

Si se consideran en su conjunto las cuatro rebeliones de los sangleyes, destacan algunos rasgos comunes a todas ellas.

En primer lugar, llama la atención que en 1603, en 1639, en 1662 y en 1686 los cabecillas de la rebelión fuesen en buena parte cristianos. Es probable que este fermento levantisco les fuese inoculado a los sangleyes, sin querer, por los propios frailes dominicos. Lo mismo ocurrió en el siglo XX: los misioneros, que llegaron como reformadores espirituales, pronto encontraron necesarias algunas mejoras materiales y, con ello, ayudaron involuntariamente a fomentar la gran revolución china.

En segundo lugar, sorprende la fuerte oposición que halló el alzamiento en las otras etnias establecidas en Filipinas. Los chinos sublevados no lograron ni por asomo hacerse con la colaboración de los japoneses ni con la de los tagalos en 1603. Fueron "los naturales y japoneses y soldados del campo" los que maltrataron antes del levantamiento a los chinos, "llamándolos de perros traidores, y que ya sabían se querían alzar, y que primero los habían de matar a todos, que sería con mucha brevedad". Igual ocurrió en 1639, cuando corrieron rumores de que se esperaba una nueva revuelta de los sangleyes. El júbilo con que recibieron la nueva de una presunta sublevación china los japoneses, morenos e indígenas lo describió un jesuita con las siguientes palabras: "Están muy alentados para cualquier suceso, que creo se holgaran se ofreciera, por

hartarse de una vez de matar chinos”. ¡Hartarse de matar chinos! ¡Qué odio destilan esas palabras!

En tercer lugar, salta a la vista que en el seno de la comunidad china había profundas divisiones: la prepotencia de los sangleyes acaudalados avivaba los rencores de sus compatriotas menos favorecidos. Uno de los jefes de la revuelta de 1689, Lin Sanguan, confesó a su camarada Bec: “Yo tengo grande odio a los cabezas del parían, y queremos entrar a matarlos”. Huelga decir que, por la cuenta que les traía, aquellos prohombres amenazados tomaron parte muy activa en sofocar el alzamiento: a don Pedro Quintero se le encomendó la tarea de detener a algunos de los conjurados. Tan fuertes fueron las rencillas entre pobres y ricos que no sólo en 1684, sino también en 1686 algún inculpado en la rebelión alegó ante el juez que los cargos que se le hacían eran puras patrañas de los jefes del parían urdidas para acusarlos. Puesto en el potro de tortura, Juan Tençon hizo responsable de su perdición a uno de ellos: “Juan Felipe me hace malo..., Juan Felipe me quiere matar..., Juan Felipe es un cuerno cornudo..., Felipe Tianio, esclavo, que me quieres matar”. Asimismo Yinco proclamó que los cargos que se le imputaban era “venganza de los cabezas don Pedro y don Felipe”. Puede que algo de verdad hubiera en todo ello: como bien dijo Casimiro Díaz, “en semejantes revoluciones los mismos sangleyes ricos son despojo de la multitud arrestada a buscar la ganancia, aunque sea a costa de sus paisanos”.

La religión asimismo contribuyó a tender un foso insalvable entre los chinos bautizados y los infieles. Durante el alzamiento de 1639 Corcuera no tuvo empacho en alistar a "todos los vecinos, así indios como mestizos, japoneses y los negros libres": estos mestizos de sangley abrazaron en general el partido de los españoles y lucharon a su lado. Fray Baltasar de Santa Cruz señaló en 1639 como "cosa digna de admiración" que "en defensa de la causa de la Fe [los mestizos de sangley] no conocían hijos a padres, arrojándoles sangrientas balas y muriendo muchos". Fray Juan de Polanco volvió a destacar en 1667 esa lealtad extraña: "Con igual conato se oponen a los intentos, trazas y invasiones con que dichos gentiles han procurado en diferentes tiempos hacerse señores de Manila y toda su isla..., y en todas ellas han mostrado dichos mestizos mucho valor y celo en defensa de la fe católica, dominio y vasallos de Vuestra Majestad". Así lo reconocieron tanto la Audiencia el 18 de junio de 1695 (“En las rebeliones que ha habido... los peores para los chinos han sido los mestizos de sangleyes, que así se llaman sus hijos”) como el arzobispo de Manila el 29 de mayo de 1700 (los mestizos son “por inclinación natural enemigos declarados suyos [de los chinos] y los que más en

los levantamientos los han perseguido”). No hace falta recordar que los más encarnizados enemigos de los judíos fueron siempre sus descendientes: los conversos.

Los españoles no brillaron por su clemencia: así lo demuestran las repetidas matanzas, que evocan de inmediato los terribles estallidos del *pogrom* medieval. En su descargo hay que decir que los vecinos de Manila vivieron en perpetua vela, con la sensación de estar permanentemente cercados de enemigos. A cualquier incidente grave se esperaba una revuelta; y una revuelta a un año de distancia de la metrópoli y a seis meses del virreinato más cercano es una cosa muy seria. En 1627 un dominico, fray Melchor de Manzano, expuso los inconvenientes que tenía el hecho de que los chinos viviesen fuera del paríán: "El mayor..., que siempre se está temiendo, que es de levantamiento, se dispone muy a su salvo en las dichas poblaciones, haciendo conventículos y juntas..., de donde salen los enredos, falsos testimonios unos contra otros y testigos falsos". Con este juicio concordó fray Plácido de Angulo en 1662: "Los mayores enemigos" de los españoles "son en Filipinas los sangleyes".

La angustia por la lejanía y su escaso número sin duda influyeron en la cruel inflexibilidad con que los españoles sofocaron todas aquellas sublevaciones, pensando que en ello les iba la vida: como decía la vieja conseja, "il vaut mieux occire que être occis". Los conflictos, para colmo, se produjeron por regla general en momentos de excepcional tensión: las desgracias nunca vienen solas.

Esta sucesión periódica de estallidos sociales indica las profundísimas tensiones que provocó en Manila la inmigración incesante de los industrioses naturales del Celeste Imperio, pero al mismo tiempo revela la importancia capital que tuvo su presencia en el archipiélago filipino: sin los chinos, sin sus dotes comerciales y su fabulosa, increíble laboriosidad, Manila no hubiera podido sostenerse. Y ello desde un principio.

En definitiva, pues, la relación entre los chinos y los españoles se saldó muy dolorosamente con un fracaso múltiple. En primer lugar, fue un fracaso misional: los religiosos, que soñaban con predicar a pueblos más civilizados que los indios americanos, no pudieron o no supieron atraer a la fe ni a los chinos ni a los japoneses, unos hombres que tenían precisamente la "policía" de la que carecían los habitantes del Nuevo Mundo: prueba de que la evangelización sólo fue posible en las Indias gracias a la conquista por la espada. Por la misma regla de tres la misión cristiana triunfó entre los filipinos, el pueblo sometido -así lo atestigua el hecho de que buena parte de la

población filipina profese hoy día el catolicismo-. Se estrelló, en cambio, con la comunidad china residente en Manila.

En segundo lugar, un fracaso político y social: no se logró la integración de los chinos, fueran cristianos o "infieles", en la sociedad filipina. Los sangleyes que mantuvieron su fe tradicional vivieron aislados en un *ghetto*, el parián; los bautizados residieron en un pueblo aparte (Binondo), donde eran mayoría. No se produjo una asimilación, ni siquiera en el caso de los chinos más acaudalados, aquellos que se habían españolizado más en sus costumbres y en su atuendo.

En tercer lugar, un fracaso económico. Como bien dijo Diego Aduarte, "no tienen los vecinos de las dichas islas otro sustento sino es la contratación, y al abrigo de ella se sustenta toda aquella iglesia". Hubo, sí, grandes comerciantes españoles. Pero la economía, se quisiera o no, dependió siempre de China. Esa progresiva dependencia de los sangleyes, convertidos en un factor indispensable para la vida de Filipinas, mas también en un progresivo freno del desarrollo indígena, acarrió en buena parte su ruina. La explotación mutua y la persistencia de la minoría china como un grupo extraño e inasimilable, enquistado en la sociedad, llevaron una y otra vez a un callejón sin salida, resuelto lamentablemente por medio de la fuerza.

Quiero tocar para terminar un punto que creo de interés: la distinta actitud que mantuvieron los portugueses frente a los chinos en Macao, actitud que se tradujo en una relación más pacífica entre ambos pueblos. Ahora bien, este trato más fluido y amistoso se debió a varios factores. El principal, evidentemente, fue la radical diferencia que hubo en el derecho de asentamiento: los portugueses establecieron una factoría comercial en tierra de China, mientras que los españoles pusieron bajo su dominio unas islas apartadas del continente y no sometidas a la dinastía Ming. Los primeros estaban sujetos a estrecha vigilancia por parte de los mandarines de Cantón; los segundos tenían las manos más libres para actuar, por fuerte que fuese su dependencia económica de los sangleyes. En 1591 el doctor Francisco de Sande, un antiguo gobernador de Filipinas, señaló la diferencia sustancial que mediaba entre los portugueses y los españoles asentados en el Extremo Oriente:

Los portugueses que van a aquellas partes sólo van a contratación y los que biven en Macán son ricos... y sufren demasiado a los chinos; pero los castellanos son soldados, y forçoso an de venir a las manos [con los chinos].

En 1599 fray Miguel de Benavides, puso de relieve con gran acierto la diferencia que había entre ambos pueblos. A los españoles les faltaban las buenas cualidades lusas:

no “tenemos ese concierto en las negociaciones, ni esa unidad entre nosotros, ni esa paciencia y flema, y tenemos los ánimos hechos a mayores ganancias”. No se pueden decir más cosas en menos palabras. Mas tampoco en Macao se llegó a una verdadera integración: como escribió Tien-Tsê Chang, "la codicia y el orgullo de los portugueses, así como las sospechas frecuentemente injustificadas de los chinos, impidieron que dos pueblos que tenían intereses comerciales comunes trabaran lazos de amistad profundos". Otro tanto ocurrió en Manila.

## Bibliografía

BORAO, José Eugenio, "Percepciones chinas sobre los españoles de Filipinas: la massacre de 1603", *Revista española del Pacífico*, 8 (1998) 233-54.

---. "Consideraciones en torno a la imagen de Koxinga vertida por Ricci en Occidente", *Encuentros en Catay*, 10 (1996).

FELIX JR., Alfonso (ed.). *The Chinese in the Philippines. 1570-1770*, Solidaridad Publishing House, Manila, 1966, dos vols.

GARCÍA ABÁSULO GONZÁLEZ, Antonio F. “El mundo chino del imperio español (1570-1755)” en Miguel Luque Talaván-M. M. Manchado López (coord.), *Un Océano de intercambios*, I, pp. 119-40.

Gil, Juan. *Los chinos en Manila (siglos XVI y XVII)*, Lisboa, Centro Científico y Cultural de Macao, 2011.

LAUFER, Berthold. “The Relations of the Chinese to the Philippines Islands”, *Smithsonian Miscellaneous Collections*, L (Quarterly Issue, Volume IV), Washington, 1908 (publicado en 1907), pp. 248-84.

LUQUE TALAVÁN, Miguel-MANCHADO LÓPEZ, Marta M<sup>a</sup> (coord.), *Un Océano de intercambios: Hispanoasia (1521-1898). Homenaje al profesor Leoncio Cabrero Fernández*, s.l., 2008.

OLLÉ, MANEL. *La empresa de China. De la Armada Invencible al Galeón de Manila*, Barcelona, 2002.

“La formación del parían de Manila: la construcción de un equilibrio inestable”, pp. 27-49.